

## Consagrados

### A vueltas con la narrativa. Un homenaje a Lawrence Stone

Agustí Colomines y Vicent S. Olmos<sup>1</sup>

El 16 de junio murió en Princeton, New Jersey, el profesor Lawrence Stone. Tenía 79 años y estaba enfermo desde hacía bastante tiempo. Nacido en Epsom, en el condado inglés de Surrey, Stone inició su formación en la Charterhouse School, para continuarla en la Sorbona de París y en el Christ Church de la Universidad de Oxford, donde inició su carrera académica y docente. En Oxford desempeñó la cátedra de Historia en el Wadham College hasta que en 1963 se trasladó a la universidad norteamericana de Princeton. No obstante, desde el curso 1960-61 ya formaba parte del prestigioso centro princetoniano Institute for Advanced Study, en cuyo claustro coincidió, entre otros muchos nombres relevantes con los historiadores de la cultura Carl E. Schorske y Robert Darnton. Precisamente Darnton declaró, con motivo del deceso de su colega, que «cuando Lawrence Stone llegó a Princeton y desempaquetó su bagaje intelectual, liberó una fresca batería de ideas

que todavía hoy zumban en el aire, no solo en nuestra Universidad sino en todo el país»<sup>2</sup>. Su integración e influencia en el mundo académico norteamericano le valió ser miembro de la American Philosophical Society y de la American Academy of Arts and Sciences desde el 1968, así como también fue director del departamento de historia en Princeton entre los años 1967-1970, y desde el año 1968 del Shelby Cullon Davis Centre for Historical Studies, cuyo objetivo era estimular la innovación docente y el intercambio intelectual dentro y fuera de los EE.UU. Stone además fue miembro correspondiente de la British Academy y uno de los fundadores no marxistas de la prestigiosa revista británica *Past & Present*, cuyo primer número apareció en 1952 a iniciativa del grupo de historiadores vinculado al Partido Comunista (M. Dobb, R. Hilton, E. J. Hobsbawm y J. Morris, principal protagonista en la organización de la revista)<sup>3</sup>. En la última entrega de la revista,

<sup>1</sup> Agustí Colomines es profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Barcelona. Vicent S. Olmos es historiador y editor de *HISTORIAR* Revista Cuatrimestral de Historia publicada en Barcelona (España). El presente ensayo es reproducido de la número 4, enero 2000, pp. 146-158.

<sup>2</sup> Princeton Weekly Bulletin, vol. 89, N° 1, 13 de noviembre de 1999.

<sup>3</sup> «Pero *Past & Present* – subraya Harvey J. Kaye – no fue publicada ni por el grupo ni por el Partido. Tampoco se tuvo la intención de que fuera una revista limitada a los estudios marxistas históricos –

Stone seguía ocupando una de las vicepresidencias de la entidad que la edita, y que preside Christopher Hill, junto a Hobsbawm y Hilton.

De todos modos, su influencia intelectual en todo el mundo fue posible gracias a sus obras históricas, entre las cuales cabe destacar, aparte de la colección de artículos reunidos en *The Past and the Present* (1981), los libros donde figura como compilador centrados en la historia de la educación: *The University in Society* (1974-1975, 2 vols) y *Schooling and Society: Studies in the History of Education* (1976); aunque sus trabajos más conocidos sean los referentes a la turbulenta historia de Inglaterra desde la época de la Guerra de las Rosas hasta la Revolución de Cromwell, pasando por el régimen de los Tudor y adentrándose después hasta el siglo XVIII: *The Crisis of the Aristocracy 1558-1641* (1965); *Social Change and Revolution in England: 1540-1640* (1965); *The Causes of the English Revolution, 1529-1642* (1972); *Family and Fortune; Studies in Aristocratic Finance in the 16th and 17th Centuries* (1973); *An Open Elite? England, 1540-1880* (junto a su mujer Jeanne C. Fawtier Stone, 1984). Como heredero y en cierto modo renovador de la llamada «demografía

histórica», Stone dedicó un buen número de obras a estudiar la historia de la familia, superando los límites demográficos que restringen la vida familiar, para abarcar «también los lazos de parentesco, las estructuras domésticas y familiares, los arreglos y los convenios matrimoniales, así como sus causas y consecuencias sociales y económicas, lo cambiante de los papeles sexuales y su diferenciación a través del tiempo, las actitudes variables con respecto a las relaciones sexuales y sus prácticas, y los cambios en los vínculos afectivos que unen a los cónyuges, y a los padres con los hijos»<sup>4</sup>: *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800* (1977); *Road to Divorce: England 1530-1987* (1990); *Uncertain Unions: Marriage in England 1600-1753* (1992) y *Broken Lives: Marital Separation and Divorce in England 1660-1857* (1993).

En su obra queda patente su curiosidad como historiador, que había empezado con una investigación sobre el arte medieval: *Sculpture in Britain: The Middle Ages* (1995)<sup>5</sup>.

Las muertes de Lawrence Stone (1999), Maurice Dobb (1976), Paul de Man (1983), Louis Althusser (1990), E. P. Thompson

---

y nunca lo ha sido -. De hecho, en el consejo de redacción siempre ha habido algunos historiadores no marxistas y algunos sociólogos históricos, como el historiador Lawrence Stone, el sociólogo Philip Abrams y el antropólogo Jack Goody», H. J. Kaye: *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, ed. y presentación de Julián Casanova, versión española de M<sup>a</sup> Pilar Navarro Errasti, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1989, p. 15.

<sup>4</sup> Esta es la manera como Stone definió la historia de la familia en «la historia de las ciencias sociales en el siglo XX», en L. Stone: *El pasado y el presente*, FCE, México, 1986, p. 38.

<sup>5</sup> En castellano sólo han sido traducidos los libros *La crisis de la aristocracia 1558-1641*, edición abreviada, Revista de Occidente, Madrid, 1976 (y el mismo en Alianza Madrid, 1985), *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800*, FCE, México, 1990, así como *El pasado y el presente*, Op. cit. Ver libro homenaje que le dedicaron A. L. Bier; D. Cannadine; J. M. Rosenheim: *The First Modern Society: Essays in English History in Honour of Lawrence Stone*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

(1993), Ernest Gellner (1995), Georges Dubby (1996), Raphael Samuel (1996), Thomas Kuhn (1996), Richard S. Westfall (1996) François Furet (1997), Isaiah Berlin (1997), Edoardo Grendi (1999) y otros de los muchos protagonistas de las discusiones historiográficas de los últimos treinta o cuarenta años, va cerrando un ciclo generacional, aunque no los problemas por ellos planteados respecto a la comprensión de la historia y sus métodos, que en Francia estuvo dominado por la llamada cuarta generación de los *Annales* y en Gran Bretaña por el potente grupo de historiadores marxistas<sup>6</sup>.

### La vieja y nueva historia y el resurgimiento de la narrativa

Raphael Samuel escribió en su día que los historiadores no son dados, al menos en público, a la introspección sobre su trabajo, y exceptuando los momentos solemnes, evitan la exposición general de sus objetivos. Tampoco intentan teorizar sus investigaciones. Sospechan de la ortodoxia, no le gustan las abstracciones y nada los hace más felices que

poner en duda las opiniones recibidas o multiplicar las excepciones a la regla. Cuando se enfrentan a dificultades conceptuales – escribía el fundador de *The History Workshop Journal*–, buscan instintivamente los «hechos». Los problemas de la historiografía, que es tanto como decir de la construcción del conocimiento histórico, por lo general se dejan al cuidado de los filósofos, mientras los historiadores defienden su causa, como dijeron los impulsores de la revista *Annales*, «no por medio de artículos y disertaciones metodológicas, sino recurriendo a ejemplos y hechos»<sup>7</sup>. No le faltaba razón a Samuel aunque también es verdad que a menudo las controversias historiográficas entre los practicantes del «oficio» no arrojan resultados satisfactorios porque se discute con demasiada violencia.

Cuando hace veinte años, en 1979, Lawrence Stone publicó en artículo «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History» en *Past & Present*, ocurrió algo parecido<sup>8</sup>. Este ya célebre ensayo originó tal revuelo que las descalificaciones extremas, especialmente las de los voceros de la réplica que escribió Eric J. Hobsbawm en la siguiente entrega de *Past & Present*<sup>9</sup>, impidieron

<sup>6</sup> La desaparición física de las personas, a veces conlleva también su olvido. Una buena iniciativa para paliar lo inevitable es la serie de videos, *Interviews with Historians*, de unos 35 minutos de duración, que promueve el Institute of Historical Research de la School of Advanced Study de la Universidad de Londres, cuyo director es David Cannadine. Por el momento ya están a la venta las entrevistas, entre otras muchas con Christopher Hill, Eric J. Hobsbawm, Moses I. Finley, E. P. Thompson, Peter Laslett, Assa Briggs, Geoffrey Elton, H. Trevor-Roper o Lawrence Stone.

<sup>7</sup> R. Samuel: «Historia y teoría», en R. Samuel (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona, 1984, p. 48.

<sup>8</sup> *Past & Present*, N° 85, 1979, pp. 3-24. Existen dos versiones en castellano de dicho artículo. Una se publicó en la revista valenciana *Debats*, n° 4, 1983, pp. 91-110, y la otra está integrada en el libro de artículos antes citado, pp. 95-119.

<sup>9</sup> E. J. Hobsbawm: «The Revival of Narrative: Some Comments», *Past & Present*, n° 86, 1980, pp. 2-8. En este caso también existen dos traducciones al castellano. La primera fue la que se publicó en *Debats*, n° 4, 1983, pp. 106-110, la otra se incluye en la recopilación de artículos de Hobsbawm publicada bajo el título *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998, pp. 190-195.

aprovechar las sumamente sugerentes observaciones que hacía Stone en su ensayo histórico sobre el renacer de la «historia narrativa», cuya profundidad le hizo plantear incluso lo que él consideró un problema sin resolver: si aquella inesperada resurrección de la narrativa tendría efectos satisfactorios o perniciosos para el futuro de la profesión. Pasemos, pues, a observar con detalle que era lo que planteaba Stone.

El artículo de Stone tenía por objetivo plantear que en los años setenta, bajo el impulso de la llamada «Nueva Historia»<sup>10</sup>, se había producido un cambio fundamental de actitud con respecto a cuál debía ser el tema central del discurso histórico, lo que, en su opinión, hacía pensar en el fin de la creencia de que era posible una explicación científica coherente de las transformaciones del pasado, tal como pretendía la historiografía de la post-guerra. Surgiría, en su lugar, una nueva historiografía que manifestaba un renovado interés por aquellos aspectos de la existencia humana que no se dejan reducir fácilmente a los modelos abstractos y, en consecuencia, expresaron su convicción de que la cultura de un grupo o incluso la voluntad de un individuo deben ser

tomadas tan en serio, como determinantes del cambio, como las fuerzas impersonales de la producción material o del crecimiento demográfico. Esta insistencia en la importancia de las acciones humanas y de la conciencia humana era, según Stone, lo que favorecía el retorno a la narrativa, a la *histoire événementielle*, de los denominados nuevos historiadores, ya fueran franceses o no, y que significaba un cambio manifiesto en cuanto al contenido, el método y el estilo de hacer historia «dentro de una diminuta, aunque desmesuradamente prominente sección de la profesión histórica vista como un todo». (p.96)<sup>11</sup>. Este escaso alcance del supuesto cambio fue lo que, de entrada, arguyó Hobsbawm para dudar de que esa minoría histórica hubiera adoptado en realidad la historia narrativa: «hay muy poca historia narrativa sencilla entre las obras que Stone cita o menciona. Para casi todas ellas – afirmaba – el acontecimiento, el individuo, incluso la captación de algún estado anímico o forma de pensar del pasado, no son fines en sí mismos, sino el medio de esclarecer alguna cuestión más amplia que va mucho más allá de la narración de que se trate y sus personajes». (p. 191)<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Sobre la «Nueva Historia» vale la pena leer el trabajo de P. Burke: «Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro», en P. Burke (ed.): *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid, 1993, pp. 11-37.

<sup>11</sup> Mientras no se diga lo contrario, el número de página que se indica entre paréntesis corresponde a la versión castellana del artículo de Stone incluida en el libro *El pasado y el presente*.

<sup>12</sup> Stone mencionaba las obras de los siguientes historiadores: C. Ginzburg: *El queso y los gusanos: el cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Muchnik, Barcelona, 1981 (1ª ed. en italiano, Einaudi, Turín, 1976); G. Duby: *El Domingo de Bouvines: 24 de julio de 1214*, Alianza, Madrid, 1988. (1ª ed. en francés, Gallimard, París, 1973); E. Le Roy Ladurie: *El Carnaval de Romans: de la Candelaria al miércoles de Ceniza, 1579-1580*, Instituto Mora, México, 1994. (1ª ed. en francés, Gallimard, París, 1979); E. Le Roy Ladurie: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Taurus, Madrid, 1981 (1ª ed. en francés, Gallimard, París, 1975); C. M. Cipolla: *Faith, Reason and the Plague in Seventeenth Century Tuscany*, Cornell University Press, Ithaca, 1979; E. J. Hobsbawm: *Rebeldes primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel Barcelona 1968 (1ª ed. en inglés, Manchester University Press, Manchester, 1959); E. J. Hobsbawm:

De los comentarios iniciales del corto artículo de Hobsbawm sobre el ensayo de Stone podría deducirse que éste estaba planteando la insatisfacción de los «nuevos historiadores» con respecto a la presentación del relato histórico, cuando en realidad lo que estaba diciendo es que aquella «nueva historia» manifestaba un profundo desencanto con respecto al determinismo monocausal de carácter económico-social de inspiración marxista o ecológico-demográfico del proyecto historiográfico de *Annales*, lo mismo que respecto a la metodología cliométrica de origen estaouidinese. Un desencanto que llevó a los nuevos historiadores a formular un conjunto enteramente nuevo de preguntas (muchas de las cuales habían quedado anteriormente excluidas de sus perspectivas debido a la preocupación por una metodología específica de índole estructural, colectiva o estadística) que les conducían de regreso al uso de la narrativa y, en boca de sus críticos, ello le acercaba a la historia tradicional que seguía practicando la gran mayoría de la profesión<sup>13</sup>.

¿Cómo definió Stone lo que era esta narrativa? «La narrativa—escribe—se entiende como la organización de cierto material según una secuencia ordenada cronológicamente, y como la disposición del contenido dentro de un relato único y coherente, si cabe bien la posibilidad de encontrar vertientes secundarias dentro de la trama. La historia

narrativa difiere de la historia estructural fundamentalmente de dos maneras: su ordenación es descriptiva antes que analítica y concede prioridad al hombre por encima de sus circunstancias». (p. 95). Así pues la narrativa sería algo más que un simple modo de escribir historia, puesto que encierra tras de sí una historia compleja, que pretende hacer de los individuos el problema central del discurso histórico, «con un énfasis sobre el hombre en medio de ciertas circunstancias más bien que sobre las circunstancias que lo rodean; *en los problemas estudiados*, sustituyéndose lo económico y lo demográfico por lo cultural y lo emocional; *en las fuentes primarias de influencia*, recurriéndose a la antropología y a la psicología en lugar de a la sociología, la economía y la demografía; *en la temática*, insistiéndose sobre el individuo más que sobre el grupo; *en los modelos explicativos sobre las transformaciones históricas*, realizándose lo interrelacionado y lo multicausal por encima de lo estratificado y lo monocausal; *en la metodología*, tendiéndose a los ejemplos individuales más bien que a la cuantificación de grupo; en la organización, abocándose a lo descriptivo antes que a lo analítico; y en la *conceptualización de la función del historiador*, destacándose por lo literario por encima de lo científico». (p. 120, las cursivas son nuestras)<sup>14</sup>.

---

*Bandidos*, Ariel, Barcelona, 1976 (1ª ed. en inglés, Nueva York, 1969); E. J. Hobsbawm: *Revolución industrial y revuelta agraria: El capitán Swing*, Siglo XXI, Madrid 1978 (1ª ed. en inglés, Nueva York, 1969); N. Z. Davis: «Cencerrada, honor y comunidad en Lyon y Ginebra en el siglo XVII», en N. Z. Davis: *Sociedad y cultura en la Francia moderna*, Crítica, Barcelona, 1993 (1ª ed. en inglés, Stanford University Press, Stanford, 1965), E. P. Thompson: *Whigs and hunters: the origin of the Black Act*, Allen Lane, Londres, 1975; R. Darton: *The Bussines of Enlightenment: A Publishing History of the encyclopedie, 1775-1800*, Belknap Press/Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1979.

<sup>13</sup> Ver E. Moradiellos: *Las caras de Clío. Introducción a la historia y a la historiografía*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1992.

<sup>14</sup> Una reflexión interesante sobre los objetivos metodológicos, interpretativos, descriptivos y argumentativos que persigue cualquier trabajo de historia, y sobre las distintas concepciones en A.

Así pues, según Stone, el resurgimiento de la narrativa estaría provocado por la quiebra de las varias manifestaciones del cientifismo histórico (marxista, geomalthusiano, cliométrico, estructuralista o funcionalista parsoniano), que «tenían una absoluta confianza en que los problemas más importantes con respecto a la explicación histórica eran resolubles, y de que en momento dado serían ellos quienes les darían solución», (p. 99)<sup>15</sup>, lo que favoreció la aparición de un dilema historiográfico expuesto por Carlos Ginzburg y asumido por Stone, sobre el procedimiento científico entre aquellos que creían que se debía adoptar un criterio científico poco sólido con objeto de ser capaces de obtener resultados significativos, o bien seguir a los que defendían que se debía adoptar un criterio científico firme aunque no lograra alcanzar unos resultados que tuviesen una gran importancia<sup>16</sup>. La desconfianza con respecto al segundo enfoque, reforzada a partir de la adhesión de ciertos historiadores a lo que Thomas S. Khun entendió por investigación científica<sup>17</sup>, comportó un retorno al primero hasta que el determinismo asumió que «existe un flujo recíproco extraordinariamente complejo de interacciones entre los hechos referentes a la población, el suministro de

alimento, el clima, las reservas en oro y plata, los precios, etc., por una parte, y los valores, las ideas y las costumbres, por otra», (p.101), del mismo modo que reconocerían que el poder político y militar determinaba, con mucha más frecuencia de lo que se decía, la estructura de la sociedad (p. 103). En el caso de los cuantitativistas, la desconfianza aún fue mayor puesto que a menudo mostraban errores de lógica en sus argumentaciones o simplemente se olvidaban del sentido común mientras los «grandes problemas históricos permanecen tan irresolubles como siempre, si no es que más» (p. 105).

Además de la voluntad de los «nuevos historiadores» de propagar sus trabajos entre un público culto (con quien compartía unas mismas preocupaciones por capturar ideales, valores, estructuras mentales y normas de comportamiento personal e íntimo) y de hacer inteligible su discurso, la nueva causa de resurgimiento de la narrativa entre alguno de ellos fue el intento de que la historia recuperase su tiempo. En este sentido, el «nuevo historiador» se dispuso a escribir el resultado del estudio del pasado cuando era presente, como diría Francisco Tomás y Valiente, eligiendo «dentro de los límites que le vienen dados por las fuentes y guiados por

---

Megill: «Relatando el pasado: "descripción", explicación y narrativa en la historiografía», *Historia Social*, N° 16, 1993, pp. 71-96

<sup>15</sup> El optimismo cientifista de los marxistas británicos era patente, por ejemplo, en el subtítulo de *Past & Present*, que en 1952 era «a journal of scientific history» hasta que en 1959 fue sustituido por el de «a journal of historical studies». Las variaciones en los subtítulos de las revistas de historia, más frecuentes de lo que parece (sin ir más lejos, *Annales* ha cambiado tres veces de subtítulo), a menudo son una muestra patente de la crisis y reorientaciones de los ambientes historiográficos. La insistencia en el cientifismo emerge también en las revistas On-Line, como por poner sólo un ejemplo, la *Belarusian Historical Review*, que lleva el subtítulo «Scientific Magazine».

<sup>16</sup> C. Ginzburg: «Roots of a Scientific Paradigm», *Theory and Society*, N° 7, p. 276.

<sup>17</sup> Para adentrarse en lo que planteó Khun, ver M. Jalón: «T. S. Khun. La mirada del físico a la historia», *Afers. Fulls de recerca i pensament*, vol. XII, N° 26, 1997, pp. 181-193, y J. L. Blasco: «T. S. Khun. Lógica o sociología de la investigación científica?», *El Contemporani*, N° 15, 1998, pp. 7-10.

opciones de las que es imposible extraer su subjetividad, aquellos hechos y datos del pasado que le parecen significativos y los ordena construyendo con ellos una "trama narrativa" con la que procura explicar, por medio de una "síntesis de lo heterogéneo" sucesivo que él considera ajustada a la realidad pretérita, como se produjeron de forma intrincada, pero comprensible, las diversas y contradictorias relaciones interhumanas en que toda sociedad consiste. El historiador construye su trama narrativa poniendo de manifiesto no la mera sucesión, sino lo que Paul Ricoeur ha llamado el "vínculo de derivación" entre hechos, sean estos individuales e irrepetibles o seriales y colectivos<sup>18</sup>. Para los «nuevos historiadores», narrar es explicar en cuanto que si la narración histórica es rigurosa y no consiste en contar una historia<sup>19</sup>, la construcción de la trama narrativa atiende al cambio, la duración y la permanencia de los fenómenos que afectan al individuo conviviendo en sociedad, al mismo tiempo que consigue hacer efectiva que la máxima aristotélica de el «uno por causa de otro» prevalezca y sustituya al simple «uno después de otro».

La consecuencia de esta manera de entender la narración, aunque Stone le otorga el papel de primera causa del triunfo de la

narrativa, fue la sustitución de la sociología y la economía por la antropología como la más influyente de las ciencias sociales, especialmente en cuanto a lo que Clifford Geertz definió como «*deep description*», mediante la cual y bajo la influencia de la novela moderna y las ideas freudianas, explorar cuidadosamente el subconsciente en lugar de apearse a los hechos desnudos<sup>20</sup>. Del mismo modo, el historiador deberá valerse del comportamiento humano para revelar el significado simbólico de los acontecimientos colectivos: «cuentan un relato acerca de una persona, un juicio o un episodio dramático, no por lo que éstos representan en si mismos, sino con objeto de arrojar luz sobre los mecanismos internos de una cultura o una sociedad del pasado» (p. 114). Por ello, los «nuevos historiadores» buscaron nuevas fuentes (a veces un solo documento) para construir sus relatos y «examinar los documentos no tanto por la evidencia que proporcionan respecto al excéntrico comportamiento de los acusados, como por la luz que arrojan sobre la vida y las opiniones de aquellos que se vieron implicados en el incidente en cuestión» (p. 118). En contraste con la vieja narrativa política y con las formas de hacer historia de algunos adeptos a la historia de la *mentalité*,

<sup>18</sup> F. Tomás y Valiente: «Tríptico con prólogo y epílogo (Algunas reflexiones sobre la Universidad, la Historia y el Estado. Lección inaugural del curso académico 1993-94 de la Universidad Autónoma de Madrid», capturado en Internet en <http://www.uam.es/asesinato/inaugural.html>, pp. 6-7. P. Ricoeur: *Tiempo y narración*, Cristiandad, Madrid, 1987, 3 vols. (1ª ed. en francés, Seuil, París, 1983-85).

<sup>19</sup> En inglés se puede distinguir fácilmente entre los vocablos *history* (la historia) y *story* (una historia). Sobre la ambivalencia del término historia en diversos idiomas, ver E. Mitre: *Historia y pensamiento histórico. Estudio y antología*, Cátedra, Madrid, 1997, pp. 18-19. En alemán, por ejemplo, la historia (narración) se designa como *Geschichte*, mientras que el adjetivo *historisch* sirve para enfatizar su dimensión científica (ibid.).

<sup>20</sup> Sobre la interpretativa de Geertz, muy influyente desde la década de los años 70, ver C. Geertz: *la interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1995 (1ª ed. en inglés, Nueva York, 1993).

casi todos los «nuevos historiadores» se interesaron sin excepción por las vidas, los sentimientos y la conducta de los pobres y los anónimos, más bien que de los grandes y los poderosos, y los temas y tópicos de la historia centrada en el estudio de producciones, rentas, deudas y otras variables económicas fueron sustituidos por el análisis de la actitud ante la muerte, los gustos de los lectores de libros y revistas, la piedad e impiedad religiosa, la infancia, la adolescencia, la sexualidad, etc. Según Stone, ésta manera de abordar el pasado era, hasta cierto punto, una ampliación lógica del enorme éxito de los estudios históricos locales, los cuales por lo general se fijan no en la totalidad de la sociedad, sino únicamente en una de sus partes —ya sea una comarca, un pueblo o incluso una aldea—, en ese «*espace vécu*» compartido por una colectividad que tiene unas mismas líneas estructurales en lo económico, social y mental, y que por el mero hecho de ser un microsomas los individuos pueden percibir como su propia forma de vida<sup>21</sup>. Pero esta orientación historiográfica les valió las críticas de aquellos historiadores que consideraban que la historia de las mentalidades sólo aportaba estudios «episódicos» que, además de ser «un archipiélago de grandes islas comunicadas», desembocaba en una «historia en migajas»<sup>22</sup>.

### Los inconvenientes del resurgimiento de la narrativa

El ensayo de Stone sobre el despertar de la narrativa fue —y sigue siendo— muy atacado, básicamente porque, como indican las profesoras Burdiel y Romeo, «no parecía capaz de extraer todas las consecuencias teóricas y epistemológicas de lo que tan calurosamente saludaba. De forma más confusa, y mediante el procedimiento del “*torus revolutum*”, Stone —decían— se limitaba a ligar la vuelta al relato con la aparición de una nueva temática relacionada sobre todo, decía él, con las mentalidades y la valoración de la “acción humana” frente a los determinismos estructurales»<sup>23</sup>. No está tan claro que Stone no se diera cuenta, ya entonces, de que la irrupción del relato era un problema teórico y no sólo temático, puesto que al final de su artículo, el propio Stone expuso tres de los que, según él, eran los principales problemas que comportaba la vuelta a la narrativa. En primer lugar, que la argumentación mediante ejemplos selectivos no es filosóficamente conveniente y por lo tanto, en la medida que es sólo un recurso retórico, no puede ser considerada una prueba científica. En segundo lugar, exponía

<sup>21</sup> Ver nuestro ensayo «L'espai local: consideracions generals» en A. Colomines; V.S. Olmos: *L'espai local, Bibliografia de l'Horta-sud. Indagacions i propostes*, IDECO/Associació de Renovació Pedagògica, Torrent, 1990, pp. 25-42.

<sup>22</sup> La definición es de F. Dossé: *La historia en migajas*. De «*Annales*» a la «*nueva historia*», Alfons el Magnànim, Valencia: 1998. lo del archipiélago es de Joseph Fontana, quien en *La història després de la fi de la història*, Eumo, Vic, 1992, lanzó una fuerte crítica a la historia de las mentalidades, pp. 87-96.

<sup>23</sup> I. Burdiel; M. C. Romeo: «Historia y lenguaje: La vuelta al relato dos décadas después», *Hispania*, vol. LVIII, Nº 192, Madrid, 1996, p. 338.

las posibles dificultades de la narrativa para poder distinguir lo normal de lo extravagante, ya que si los relatos sólo se dedican a narrar una trama sorprendente, pero básicamente irrelevante, de algún episodio dramático sobre disturbios o sobre alguna violación, o bien sobre la vida de algún excéntrico rufián, villano o místico, no tienen ningún sentido histórico. Esto significa que su selección debía hacerse, según Stone, por virtud de sus posibilidades de esclarecimiento acerca de ciertos aspectos de una cultura pasada, por difícil que esto sea. En tercer lugar, otro de los problemas que advirtió Stone en la narrativa concierne a la interpretación, si es que la «nueva narrativa» quería «proporcionar una explicación plausible sobre los fenómenos tan peculiares que está sujeto a encontrar» (p. 119), por lo que, en caso de que logre llegar hasta este punto, el narrador requería de toda la habilidad, experiencia y conocimiento que haya adquirido en el ejercicio de la historia analítica de la sociedad, la economía y la cultura.

Así pues, lo que Stone defendía en su ensayo de 1979 era algo más que una idea de historia de raigambre positivista con poca «auto-conciencia acerca del problema de la voz y del punto de vista»<sup>24</sup>. Es muy posible, por el contrario, que fuera todo lo contrario, y que los juicios de Stone sobre los cambios en el discurso histórico significasen una ampliación de la racionalidad científica de la historia y no una renuncia a ella. Como escribe el historiador George G. Iggers, en

muchos aspectos, la nueva historia narrativa que Stone describía con entusiasmo se basaba en el análisis estructural de la historia social según la tradición del movimiento de *Annales*<sup>25</sup>. Ese mundo de individuos que se proponía estudiar era más complejo de lo que era en la concepción positivista de la ciencia, y por ello les era necesario encontrar una práctica científica que diese cuenta de esa complejidad.

Años más tarde, en 1991, Stone aprovechó la publicación de una nota donde trataba de atraer la atención sobre el artículo de Gabrielle M. Spiegel, «History, Historicism and the Social Logic of the Text in the Middle Ages»<sup>26</sup>, para atacar con brevedad y dureza lo que, en su opinión, eran tres de los grandes peligros que durante más de veinticinco años habían estado amenazando el oficio de historiador: la lingüística, la antropología cultural y simbólica y el neohistoricismo. El ataque de Stone podría parecer un viraje en la posición que había defendido en 1979, puesto que estas tres formas de contemplar la historia y los textos históricos merodeaban por los arrabales de su artículo. Nada más equivocado.

En pocas palabras Stone nos advertía ahora de la amenaza del llamado «giro lingüístico» sobre la materia básica de la historia (los acontecimientos y el comportamiento), los datos (textos contemporáneos) y el problema (explicación de los cambios a través del tiempo). El «giro lingüístico» le parecía una posición extrema

<sup>24</sup> Idem, p. 339.

<sup>25</sup> Ver G. G. Iggers: *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Labor, Barcelona, 1995, pp. 59 y ss; G. G. Iggers: «Racionalitat i història», en A. Colomines; V. S. Olmos (eds.): *Les raons del passat. Tendències historiogràfiques actuals*, Afers, Catarroja-Barcelona, 1998, pp. 76 y ss.

<sup>26</sup> *Speculum*, LXV, 1990, pp. 59-86. La nota de Stone se publicó con el título «History and post-modernism», *Past & Present*, N° 131, 191, pp. 217-218 (traducción castellana en *Taller d'Història*, N° 1, 1993, p. 59).

y distorsionada de lo que él había planteado acerca de la evolución, iniciada en los años setenta, de ciertos historiadores desde una historia de la cultura para aproximarse, en palabras de Chartier, a una historia de la cultura social<sup>27</sup>. Lo que Stone había formulado como el fin de la creencia de que era posible una explicación científica coherente de las transformaciones del pasado, y que generó un debate sobre la coherencia del discurso histórico en incluso sobre la posibilidad del saber objetivo, a su modo de ver llegaba al clímax más perturbador y desconcertante con la irrupción de la deconstrucción, una filosofía del lenguaje surgida de las filas del estructuralismo que considera a éste un sistema cerrado de signos que no se refieren a un mundo existente, sino que lo que hacen es construir ese mundo como «una operación que genera ficción»<sup>28</sup>. De esta manera escribía Stone «los textos se convierten en un mero salón de espejos que no reflejan nada más que unos a otros, sin proyectar luz alguna sobre la “verdad”, la cual no existe» y el hecho y la ficción se convierten en indistinguibles entre sí.

La segunda amenaza para la historia tenía su origen, según Stone, en la aceptación del principio que «lo real es tan imaginado como lo imaginario» y que desarrollaron los historiadores culturales y los antropólogos simbolistas encabezados por Clifford Geertz. Stone no rechazaba las valiosas aportaciones de la antropología cultural y simbólica incluso confesaba haber sido influido profundamente por los escritos de Geertz. Donde se separaba de ellos era «cuando intentaban persuadirnos de que los rituales solo son suficientes para crear el significado», que es el gran peligro que plantea, según Giovanni Levi, el gertzismo, como síntesis extrema y transposición mecánica de una cierta manera de imaginar la antropología de Geertz<sup>29</sup>, al defender que la vida es como un texto cuya observación, mediante el análisis del comportamiento no escrito, los discursos, las creencias y las tradiciones orales o rituales, constituye un conjunto potencialmente significativo porque se extrae de una situación discursiva inmediata y en acción. Este era el nudo gordiano de los temores expresados por Stone con respecto al postmodernismo, en

<sup>27</sup> R. Chartier: «Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas», en R. Chartier: *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Gedisa, Barcelona: 1992, pp. 13-44. El artículo fue publicado en inglés en *Modern European Intellectual History. Reappraisals and new Perspectives*, comp. por D. La Capra y S. L. Kaplan, y editado por Cornell University Press, en 1982, pp. 13-46; la versión francesa (que es la que fue traducida al español) se publicó con el título «Histoire intellectuelle et histoire des mentalités. Trajectoires et questions», *Revue de synthèse*, N° 111-112, 1983.

<sup>28</sup> Ver H. White: *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Paidós, Barcelona, 1992 (1ª ed. en inglés, Baltimore-Londres, 1987). Sobre el «giro lingüístico», su aparición y su definición, ver R. T. Vann: «El giro lingüístico: Historia i teoria i *History and Theory*, 1960-1975» en A. Colomines; V. S. Olmos (eds.): *Op. cit.*, pp. 105-145. A pesar de que la mayoría de las definiciones sobre el «giro lingüístico» han partido de la influencia de Foucault, Derrida, o Lacan, la historia feminista ha jugado un papel central en su nacimiento. Sobre la historia feminista y el giro lingüístico, ver K. Canning: «La historia feminista después del giro lingüístico. Historiar el discurso i l'experiència», *Afers de recerca i pensament*, vol. XIV, N° 33/34, 1999, pp. 304-341, donde se aporta una extensísima bibliografía al respecto.

<sup>29</sup> G. Levi: «Els perills del geertzisme», en A. Colomines; V. S. Olmos (eds.): *Op. cit.*, pp. 241-249.

cuanto «que lo material, está disuelto en el significado; y que el texto queda desconectado del contexto».

Esta misma objeción que Stone oponía a las alegrías de la antropología cultural y simbólica, le servían para ponernos en guardia contra la tercera amenaza que se cernía sobre «la materia básica de la historia» y que llegaba de la mano del neohistoricismo con la pretensión de enriquecer las prácticas formalistas de la crítica literaria con la inclusión del contexto histórico en cuyo marco surgieron esos textos literarios o políticos. Según Stone, el neohistoricismo trataba las prácticas políticas, institucionales y sociales como «guiones culturales» o conjuntos discursivos de sistemas simbólicos o de códigos, donde la realidad adquiría una posición inestable y, en consecuencia, la realidad histórica de lo narrado importaba menos que el proceso de construcción del discurso del pasado a partir de las necesidades e intereses de los grupos sociales de cada presente<sup>30</sup>.

Esta suerte de revisiones de los llamados «viejos esquemas» que hoy predomina en ciertos círculos historiográficos deslumbrados por el postmodernismo sigue su curso, aunque ha generado más confusión que claridad. En cualquier caso, sirva esta apretada exposición de las polémicas historiográficas en las que participó Lawrence Stone como homenaje e itinerario intelectual —puesto que, como diría Hobsbawm, todos los debates tienen algo de autobiografía— de la vida de un historiador que escribió buenos libros de historia, así mismo ansió descubrir adónde se dirigían sus colegas y la propia disciplina. Que quede, pues, constancia que sus ideas están en la base de la concepción actual de la práctica historiográfica de muchos estudiosos que, en palabras de Peter Burke, «piensan ahora que la historiografía ha quedado también empobrecida por el abandono de la narración y ya se ha emprendido una nueva búsqueda de nuevas formas de relatos que sean apropiadas a las nuevas historias que los historiadores nos contarán...»<sup>31</sup>



<sup>30</sup> Ver el comentario elogioso de Isabel Alfonso del libro de G. Martín: *Les juges de Castille. Mentalités et discours historique dans L'Espagne médiévale*, Université de Paris-XIII, Paris, 1992, cuyo objetivo declarado es «hacer comprender al historiador que el discurso es historia», I. Alfonso: «El discurso histórico como historia», *Hispania*, vol. LVIII, Nº 192, Madrid, 1996, pp. 349-363.

<sup>31</sup> P. Burke: «Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración», en P. Burke (ed.): *Formas...*, *Op. cit.*, pp. 287-305. Burke se refiere, entre otras a «la micronarración, la narración hacia atrás y los relatos que se desplazan atrás y adelante entre mundos públicos y privados o presentan los mismos acontecimientos desde múltiples puntos de vista» (idem p. 304).